

gusanos. Después, se abrió el testamento en la sala de los damascos. Yo ocultaba en un pañuelo el escandaloso resplandor de mi rostro. De entre las hojas de papel sellado sentía rodar con un sonido de oro, rodar, rodar hacia mí, toda la fortuna del comendador Godiño. ¡Oh éxtasis! El santo fraile había dejado la regadera en el suelo, y en una calle de mirto, paseaba con el breviario abierto. ¿Qué haría yo en mi casa de Santa Ana apenas llevasen á la fétida vieja amortajada en un hábito de Nuestra Señora? Una alta justicia: ¡correr al oratorio, apagar las luces, deshojar los ramos, abandonar los Santos al dolor! Sí, yo, Raposo y liberal, necesitaba desquitarme de haber vivido postrado ante sus figuras pintadas, de haberme encomendado á su influencia de calendario como un esclavo crédulo. Yo había servido á los Santos para servir á la tía. Ahora, ¡inefable deleite! ella se podría en su cueva: en aquellos ojos, que jamás derramaran una lágrima de caridad, brotaban golosamente los gusanos: bajo aquellos labios, deshechos en lodo, surgían al fin sonriendo sus viejos dientes amarillos que jamás habían sonreído... Los dineros de G. Godiño eran míos; y libre de la asquerosa señora, ya no debía á sus Santos ni rezos, ni consideraciones. Después, cumplida esta obra de justicia filosófica, me iría á París para correrla con alguna prójima.

El buen fraile, sonriendo entre su barba de nieve, me tocó suavemente en el hombro, llamándome su hijo, y recordándome que se cerraba el Santo Huerto y que le sería grata mi limosna. Le entregué una moneda. Feliz y alegre di la vuelta á Jerusalem, lentamente, dando un paseo por el valle de Josafat y canturreando un fado.

Al otro día, por la tarde, tocaban las campanas en la iglesia de la Flagelación, cuando nuestra caravana se formó ante el hotel del Mediterráneo y partimos de Jerusalem. Los cajones de las reliquias iban sobre un macho,

entre los equipajes. El beduino, más catarroso que nunca, envolvíase en un innoble tapaboca de sacristán. Topsisius montaba otra yegua, seria y calmosa, y yo, que por alegría me había puesto una rosa en el hojal, murmuré al pisar por última vez la Vía Dolorosa:

— ¡Quédate en paz, pocilga de Sion!

Ya llegábamos á la puerta de Damasco, cuando una voz resonó en lo alto de la calle, junto á la esquina del convento de los Abisinios:

— ¡Amigo Potte, doctor, señores!... ¡Un envoltorio!... ¡Que se olvida este envoltorio!

Era el negro del hotel, agitando un paquete, que en seguida reconocí por el papel pardo y por el bramante bermejo. La camisa de dormir de Mary. Con efecto, recordé que, al embalar, no la había visto en el ropero.

Jadeando, el criado contó que después de nuestra partida, barriendo el cuarto, había encontrado el envoltorio entre el polvo y las arañas, detrás de la cómoda. Le había limpiado cuidadosamente, y como su deseo era servir al caballero portugués, había corrido á su alcance.

— Basta, — murmuré seco y desabrido.

Y le dí las monedas de cobre que llevaba en el bolsillo. Yo pensaba: «¿Cómo demonio cayó detrás de la cómoda? Lo cierto es que bien podía haberse quedado allí entre el polvo y las arañas; porque, en verdad, aquel paquete ahora era audazmente molesto.

Ciertamente yo amaba á Mary. La esperanza de que muy en breve en tierra de Egipto sus brazos blancos volverían á estrecharme, me hacía desperezar con languidez. Pero, guardando fielmente su imagen en el corazón, no necesitaba traer perennemente á la grupa su camisa de dormir. ¿Con qué derecho aquella camisa quería instalarse violentamente en mis maletas y acompañarme á mi

patria? ¿Cómo podría yo penetrar jamás con aquel paquete lúbrico en la casa eclesiástica de mi tía, la señora doña Patrocinio? Constantemente la tía colábase en mi cuarto, provista de llaves falsas, ansiosa de saber pormenores de mi vida, rebuscando por los rincones, y en mis bolsillos... ¡Qué encolerizada se pondría si una noche de pesquisas encontrase aquellas telas manchadas por mis labios, apestando á pecado, con la dedicatoria en letra cursiva: «¡A mi portuguesito valiente!»

«¡Si supiese que en este santo viaje te lías con faldas, te echaba como á un perro!» Así lo dijera la tía en visperas de mi viaje delante de la Magistratura y de la Iglesia. ¿E iría yo, por el lujo sentimental de conservar la reliquia de una guantera, á perder la amistad de la vieja que tan caramente conquistara con trisagios, gotas de agua bendita y humillaciones de la razón liberal? ¡Jamás!... Y, si no ahogué inmediatamente el paquete funesto en el agua de un charco, al atravesar las chozas de Kolonieh, fué para no revelar al penetrante Topsius las cobardías de mi corazón. Decidí, pues, tan pronto penetrásemos en las montañas de Judá, cosa que necesariamente habíamos de hacer de noche, retardar el paso de la yegua y lejos de los ojos del historiador, lejos de las solicitudes de Potte, arrojar á un barranco la terrible camisa de Mary, comprobante de mi pecado y amenaza de mi fortuna.

Ya pasáramos el túmulo de Samuel por detrás de los peñascales de Emaus, ya para siempre Jerusalem desapareciera de mis ojos, cuando la yegua de Topsius, avistando una fuente que se veía en una cañada, dejó la caravana y trotó hacia el agua con impudicia y con celeridad. Estallé indignado:

— ¡Clávele la espuela, doctor! ¡Bebió hace poco! ¡Mire usted qué insolente bestia! ¡No ceda! ¡Pique! ¡Pique aún más!

Pero en vano el filósofo, con los codos salidos y las piernas estiradas, tiraba de las bridas y de la crin. La cabalgadura pudo más que él.

Corrí también á la fuente para no abandonar en aquel apuro á tan precioso hombre. Era un hilo de agua turbia, resbalando de un montecillo, que caía sobre una taza socavada en la piedra. Al pie blanqueaba, ya roto, el jorobado esqueleto de un dromedario. Los ramos de una mimosa, que allí se veía solitaria, habían sido quemados por un fuego de caravanas. Lejos, en la cumbre descarnada de una colina, un pastor, negro en el cielo opalino, caminaba despacio entre sus ovejas, con la lanza echada al hombro. Y en la sombría mudez de todo aquello, la fuente lloraba.

La quebrada velase tan desierta que me incitó á dejar allí, deshaciéndose como la osamenta del dromedario, el envoltorio de Mary... La yegua del historiador bebía con lentitud. Y yo buscaba á un lado y á otro un barranco ó un charco, cuando me pareció oír como viniendo de la fuente y mezclado á su continuo lamento un lamento humano.

Rodeé un peñasco que se adelantaba soberbio como la proa de una galera y descubrí agachada, refugiada entre las piedras y los cardos, una mujer que lloraba, con una criatura en el regazo; sus crespos cabellos extendíanse por los hombros y por los brazos, apenas cubiertos por los andrajos de su vestidura y sobre el hijo que dormía al calor del regazo, su lloro corría más continuo, más triste que el de la fuente, como si jamás hubiese de tener fin.

Llamé, gritando, por el festivo Potte. Cuando trotó hacia nosotros, agarrando la plateada culata de su pistola, le supliqué que preguntase á la mujer la causa de sus lágrimas. Pero ella parecía atontada por la miseria: habló sordamente de una casa quemada, de jinetes turcos, de la leche que se le iba agotando... Después apretó á la cria-

tura contra su rostro, y, sofocada, bajo el haz de sus desarreglados cabellos, volvió á llorar.

El festivo Potte le dió una moneda de plata; Topsius tomó, para su severa conferencia sobre la *Judea Musulmana*, una nota de aquel infortunio. Y yo, conmovido, buscaba en los bolsillos mis monedas de cobre, cuando recordé que se las había dejado todas al negro del *Hotel del Mediterráneo*. Pero tuve una útil inspiración. Tiré á la mujer el peligroso envoltorio de la camisita de Mary, y á instancias mías el risueño Potte dijo á la desventurada que cualquiera de las pecadoras que habitan junto á la torre de David, la gorda Fatmé ó Palmira la *Samaritana*, le daría dos piastras de oro por aquel vestido de lujo, de amor y de civilización.

Trotamos hacia el camino. La mujer nos lanzaba, entre lamentos y besos al hijo, todas las bendiciones de su corazón; y nuestra caravana volvió á emprender la interrumpida marcha mientras el arriero, montado á horcajadas sobre la mula de los equipajes, dedicaba á Venus, la estrella que ya había aparecido, uno de esos cantos de Siria, ásperos, prolongados y dolientes, en que se habla de amor, de Alah, de una batalla con lanzas, y de los rosales de Damasco...

Al apearnos de mañana en el *Hotel de Josafat*, en la vetusta Jaffa, grande fué mi sorpresa viendo, pensativamente sentado en el patio, cubierto con un turbante blanco, al rufián de Alpendriña... Hice crujir sus huesos en un abra-

zo voraz. Y cuando Topsius y el festivo Potte se alejaron protegidos por sus quitasoles á saber noticias del buque que había de llevarnos á Egipto, Alpendriña me contó su historia cepillando mi albornoz.

Había sido por tristeza por lo que dejara la «Alejandría». *El Hotel de las Pirámides*, las maletas cargadas, tenían ya saturada su alma de un tedio insondable; y el vernos embarcar en el *Caimán*, hacia Jerusalem, produjérame nostalgia de los mares, de las ciudades llenas de historia, de las multitudes desconocidas... Un judío de Keshán, que iba á fundar un hotel en Bagdad, con billar, lo llamara para «marcador». Y él, metiendo en un saco las piastras reunidas en las amarguras de Egipto, iba á tentar esa aventura del Progreso, junto á las aguas lentas del Éufrates, en la tierra de Babilonia. Mas, cansado de cargar fardos ajenos, ansiaba primero ir á Jerusalem, llevado tal vez por el Espíritu, como el Apóstol, para descansar con las manos quietas en una esquina de la Vía Dolorosa...

—¿Y el caballero recibió algunos periódicos de nuestra Lisboa? Me agradaría saber noticias de la juventud de allá...

En tanto que él así hablaba, triste y con el turbante inclinado, yo revivía en mi memoria la risueña tierra de Egipto, la calle clara de las *Dos Hermanas*, la capillita entre plátanos, las flores del sombrero de Mary... Y más agudo me picaba otra vez el deseo de mi rubia guantera. ¡Qué dulce grito de pasión saldría de sus adorados labios cuando una tarde, quemado por el sol de Siria y más fuerte, yo surgiese ante su balcón, espantando al gato blanco! ¿Y la camisita? ¡Bien! Diríale que una noche, al pie de una fuente, me la habían robado unos jinetes turcos, armados con lanzas...

—Di, Alpendriña, ¿has visto mucho á *Maricocas*? ¿Qué tal está? ¿Tan guapetona, eh?

Bajó el rostro marchito, donde un extraño rubor hizo nacer dos rosas.

—Ya no está allí. ¡Marchóse á Tebas!

—¿Á Tebas? ¿Dónde hay unas ruinas? ¡Pero eso está en los cascos de Nubia! ¡En el alto Egipto! ¡Vaya! ¿Y qué fué á hacer allá?

—A animar las vistas,—murmuró Alpendriña con desolación.

¡Animar las vistas! Sólo comprendí cuando el paisano me contó que la ingrata rosa de York, adorno de Alejandria, se había marchado con un italiano de cabellos largos que iba á Tebas á fotografiar las ruinas de aquellos palacios donde vivieron frente á frente Ramsés, rey de los hombres, y Amnón, rey de los dioses... ¡Y Maricocas iba á amenizar «las vistas», apareciendo en ellas á la sombra austera de los granitos sacerdotales, con la gracia moderna de su quitasol cerrado y de su sombrero de flores!...

—¡Qué descarada!—grité yo apenado.—¡Con un italiano! ¿Y le gustaba? ¿O fué sólo por negocio? ¿Le gustaba?

—¡Babosa, babosa!—murmuró Alpendriña.

Y lanzó un suspiro que pudo oirse en todo el *Hotel de Josafat*. Ante este ¡ay! henchido de tormento y de pasión, relampagueó en mi alma una sospecha abominable.

—¡Alpendriña, tú suspiraste! ¡Aquí hay perfidia, Alpendriña!

El inclinó la frente tan contrito, que el turbante rodó por los ladrillos. Y antes de que pudiese recogerlo, le así fuertemente de un brazo,

—¡Alpendriña, di la verdad! ¡Maricocas, eh? ¿Tú también has... picado?

Mi rostro barbudo llameaba... Mas Alpendriña era meridional, de nuestras tierras charlatanas, las tierras de va-

nagloria y de vino. El miedo declinó ante la vanidad, y volviendo hacia mí lo blanco de los ojos, murmuró:

—¡También piqué!

Le sacudí el brazo lleno de furor y de asco. ¡También aquélla... con aquél! ¡Oh, la tierra, la tierra! ¡Qué no sea sino un montón de cosas podridas rodando por el infinito como barreduras de astro!

—Y dime, Alpendriña, dime: ¿también te dió una camisa?

—A mí una chambrea.

¡También á él ropa blanca! Me reí acerbamente con las manos en la cintura.

—Y oye. ¿También te llamaba su «portuguesito valiente»?

—Como yo servía con turcos, me llamaba «su morucho querido».

Iba á revolcarme en un diván, á rasgarlo con las uñas, riendo siempre, en un desesperado desprecio de todo... Mas Topsisus y el risueño Potte aparecieron alborozados.

—¿Entonces?...

¡Sí, llegaba de Smirna un vapor que aquella misma tarde partía con dirección al Egipto, y que era nuestro querido *Caimán*!

—Me alegro, porque estoy harto de esta tierra de Oriente... ¡Qué tierra! Sólo he cosechado molestias, traiciones, sueños espantosos y bótas en las caderas. ¡Estoy hartó!

Así bramaba sañudo. Pero aquella tarde, en la playa, delante de la barcaza negra, que debía conducirnos al *Caimán*, me entró en el alma una profunda nostalgia de Palestina, y de nuestras tiendas alzadas bajo el esplendor de las estrellas, y de la caravana marchando y cantando por entre las ruinas de nombres sonoros.

Mis labios temblaron entre las barbas, cuando Potte, conmovido, me extendió su bolsa de tabaco de Alepo.

—Don Raposo, es el último cigarro que le da el alegre Potte.

Y una lágrima rodó de mis ojos cuando Alpendriña, en silencio, me extendió sus flacos brazos.

¡Desventurado Alpendriña! Sólo yo, en verdad, comprendí tu grandeza. Tú eras el último lusiada, de la raza de los Albuquerques, de los Castros, de los varones fuertes que iban en las armadas á la India. Como ellos, la misma sed divina de lo desconocido te había guiado á esa tierra de Oriente, donde suben al cielo los astros que difunden la luz. Solamente, no teniendo ya, como los viejos lusiadas, creencias heroicas que hacen intentar empresas heroicas, tú no ibas como ellos, con un gran rosario y una gran espada, á imponer á las gentes extrañas tu rey y tu Dios. Ya no tenemos Dios por quien se combata, Alpendriña... Por eso, entre los pueblos de Oriente te ocupas en los únicos menesteres que hoy convienen á la fe, al ideal y al valor de los modernos lusiadas: descansar arrimado á las esquinas ó cargar tristemente con fardos ajenos.

Las ruedas del *Caimán* rompieron el agua. Topsisus, quitándose la gorra de seda, saludó á Jaffa, que obscurecía en la palidez de la tarde entre sus peñascales tristes y sus cipreses verdes, casi negros.

—Adiós, adiós para siempre, tierra de Palestina.

Yo también saludé con el capacete:

—Adiós, adiós para siempre, tierra de nuestra santa religión.

Me alejaba de la borda cuando el hábito de una religio-

sa pasó rozando á mi lado. Entre la sombra púdica del capuz, que se volvió levemente, un fulgor de ojos negros buscó mis barbas potentes. ¡Oh, maravilla! Era aquella misma religiosa que había llevado sobre sus castas rodillas, á través de las aguas de la Escritura, la camisa inmundada de Mary.

¡Era la misma! ¿Por qué el destino colocaba de nuevo cerca de mí, en el entrepuente del *Caimán*, aquel lirio de capilla, todavía cerrado y ya marchito. ¡Quién sabe! Tal vez para que al calor de mi deseo reverdeciese y no quedase para siempre estéril y núbil, caído á los pies del cadáver de un Dios. Y ahora no venía guardada por la otra religiosa regordeta y de anteojos. La suerte me la abandonaba indefensa.

Estalló entonces en mi alma la esperanza fulgurante de un amor de monja más fuerte que el miedo de Dios. Decidí hablarla: «¡Oh hermana, hermanita, no me había olvidado de usted!» E inflamado, torciendo los bigotes, caminé hacia la religiosa, que se había refugiado en un banco, pasando los dedos pálidos por las cuentas de su rosario.

Pero súbitamente pareció que la cubierta del *Caimán* huía bajo mis pies... ¡Oh, miseria! Eran las náuseas del mareo... Corrí á la borda y manché inmundamente el azul del mar de Tiro; después, dando traspiés, bajé á mi camarote. Sólo alcé la cabeza de la almohada cuando sentí las anclas del *Caimán* caer en las tranquilas aguas, donde, en otro tiempo, huyendo de Accio, habían caído las anclas doradas de las galeras de Cleopatra. Otra vez pálido y despeinado volvía á verte, tierra de Egipto, caliente y color de león. En rededor de los finos minaretes, volaban las palomas serenas. El lánguido palacio dormía á orillas del agua entre palmeras. La pálida religiosa ya había dejado el *Caimán*: paloma del desierto escapada al gavilán, por-

que el gavilán en su vuelo había plegado el ala un poco mareado.

Aquella misma tarde, en el *Hotel de las Pirámides*, supe que un vapor de ganado, el *Cid Campeador*, partía de madrugada para las tierras benditas de Portugal. Pasé la noche en una calle deliciosa. ¡Oh, compatriotas míos! Si queréis conocer los deleites ásperos de Oriente, id allí; todo apesta á sándalo y á ajo, y mujeres sentadas sobre esteras, y en camisa, murmuran suavemente: *Eh, mossiú! Eh, milord!*... Me recogí tarde, desfallecido y exhausto. Al pasar por la calle de las *Dos Hermanas* distinguí, sobre la puerta de una tienda cerrada, la mano de palo pintada de rojo que había asido un corazón. Le dí un bastonazo. Este fué el último hecho de mis largas jornadas.

Por la mañana, el fiel y docto Topsius me acompañó hasta el barracón de la aduana. Le estreché largamente en mis brazos trémulos:

—¡Adiós, compañero, adiós! Escriba, Campo de Santa Ana, 47.

El murmuró abrazándome á su vez:

—Aquellos treinta duros ya se los giraré allá.

Le apreté generosamente para ahogar aquella explicación de dinero. Después, con el pie ya en el bote que debía conducirme al *Cid Campeador*, murmuré:

—De manera que puedo decirle á la tía que la *corona de espinas* es la misma que...

Topsius alzó las manos como un pontífice del saber:

—Puede decirle en mi nombre que es la misma, espina por espina.

Bajó la nariz de cigüeña adornada de anteojos y nos besamos en el rostro como dos hermanos.

Los negros remaron. Yo llevaba posado sobre mis rodillas el cajón de la Suprema Reliquia. Cuando mi bote, á vela, hendía el agua azul, otro bote, á remos, pasó á costado del nuestro, hacia el lado del Palacio que dormía entre palmeras. En un relámpago vi el hábito negro y el capuz bajo... Una larga y ansiosa mirada, por última vez, buscó mis barbas. De pie, aun grité:

—¡Oh, hermana, hermanal...

Pero ya el viento y los remos nos arrastraban á cada uno en dirección contraria. Ella, en su bote, sumía la faz contrita sobre el delicado pecho, donde ciertamente la cruz había sido conmovida por un suspiro.

Sentí una gran tristeza. Tal vez aquel, en toda la extensión de la tierra, era el único corazón donde podría reposar el mío como en un asilo seguro... Pero ella era monja, y yo era sobrino. Ella iba tras la gracia de Dios y yo tras el dinero de mi tía. Cuando, en aquellas aguas, nuestras miradas se cruzaban, sintiendo su concordancia, mi barco corría con vela alegre para Occidente, y el suyo, lento y negro, iba á remos para Oriente. ¡Desencuentro continuo de las almas congéneres en este mundo de eterno esfuerzo y de eterna imperfección!

